

esperáis ó que teméis,—que así venís anhelantes y turbados?—No son los justos que bajan del cielo;—no son los hombres moradores de la tierra.—Del lugar en que las almas se purifican,—hasta adquirir la belleza de los elegidos, proceden.—Abandonáronlo un momento, sin dejar de sufrir;—para recoger los méritos que los mortales ofrecen por su rescate,—ansiosos de abreviar el plazo de su expiación.—Por eso caminan apresurados, y se reflejan en sus rostros—el sufrimiento y la ansiedad, la esperanza y el temor.

Entraron en el templo y no se ha echado de ver su llegada.—Con las frentes en el polvo, adoran al Dios de misericordia—oculto en el pan consagrado, —y cuya imponente majestad ellos contemplan. Se anonadan gimiendo en su presencia—y lloran, sin merecer, las pasadas culpas.

Luego;... vedlos como se esparcen, por las naves apenas alumbradas:—buscan solícitos por todas partes... ¡Oh! ¡Qué infinita alegría la de aquellos—que logran descubrir rostros queridos!—Póstrase el niño enajenado ante los esposos—que lloran la muerte de su hijo.—Descansa gozoso el anciano en medio del grupo—que alegró la pesadumbre de sus días postreros.—La viuda no ve junto á sí al esposo,—compañero de su pérdida felicidad.—El amor que Dios bendice los une:—el amor que triunfa de la muerte, y crece,—y se purifica más allá del sepulcro.—Sienten los que oran nuevo fervor, al impulso misterioso de las brisas—de las regiones en que la caridad reina siempre;—y se preludian, por un momento. las alegrías inefables de la reunión eterna de las moradas celestiales.

Mas ¿por qué muchos de los llegados abandonan el templo tristes y sin consuelo?—Buscaron en vano entre los fieles, aquellos que aman en la tierra,—y no han hallado quien conserve su memoria.—¿Qué podrán ofrecer, así abandonados, en rescate de sus culpas?—Vacías están sus manos y va á sonar la hora—en que han de presentarse nuevamente al Dios de justicia.—¡Ah! ¿Cómo despertar á los que duermen el sueño de la indiferencia ó del placer?

Por eso Uhland, el anciano abad de Nonnenwerth—que lee pensamientos secretos y anuncia lo venidero;—Uhland, cuyas oraciones conjuran todos los males;—Uhland, que vé lo que el hombre no descubre jamás mientras vive,—muéstrase afligido ó sonríe en su éxtasis,—y corren por sus mejillas lágrimas de alegría ó de dolor,—y se le oye tal vez suspirar:—¡Ay! ¡Tristes los muertos olvidados por los vivos!—¡Más tristes los vivos que olvidan á sus muertos!

